

D. CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entonces...

D. DIEGO.

¿Qué quieres decir?

(Asiendo de un brazo á don Carlos, le hace venir mas adelante.)

D. CARLOS.

Nada.... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

D. DIEGO.

Carlos!.. ¡Que horror!.. ¿Y tienes corazon para decírmelo?

D. CARLOS.

Alguien viene... (Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detrás de él y quiere impedirselo.) Tal vez será ella... Queda V. con Dios.

D. DIEGO.

¿Adonde vas?.. No señor, no has de irte.

D. CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á V. inquietudes crueles.

D. DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser..... Entra en ese cuarto.

D. CARLOS.

Pero si.....

D. DIEGO.

Haz lo que te mando.

(Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.)

## ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos... Buenos dias... (Apaga la luz que está sobre la mesa.)  
¿Reza V.?

D. DIEGO, pasándose con inquietud.

Sí, para rezar estoy ahora.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Si V. quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene V., señor?.....  
¿Hay alguna novedad?

D. DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Pues qué..... Dígalo V. por Dios... ¡Vaya, vaya!.. No sabe V. lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que...

D. DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

D<sup>a</sup>. IRENE.

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO.

Muy bien. Siéntese V..... Y no hay que asustarse ni alborotarse (Siéntanse los dos.) por nada de lo que yo

diga: y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos... Su hija de V. está enamorada...

D<sup>a</sup>. IRENE.

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que...

D. DIEGO.

¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme V. hablar.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Bien, vamos, hable V.

D. DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

D<sup>a</sup>. IRENE.

¿Qué dice V.?

D. DIEGO.

Lo que V. oye.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Pero ¿quien le ha contado á V. esos disparates?

D. DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á V., bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

D<sup>a</sup>. IRENE, llorando.

¡Pobre de mí!

D. DIEGO.

¿A qué viene eso?

D<sup>a</sup>. IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

D. DIEGO.

Señora doña Irene...

D<sup>a</sup>. IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca

cenicienta, vamos al decir... ¿Quien lo creyera de V.?.. ¡Válgame Dios!.. ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. DIEGO.

Mire V., señora, que se me acaba ya la paciencia.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno; y un día del Corpus, yo no sé por que friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por los que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO.

Pero ¿es posible que no ha de atender V. á lo que voy á decirla?

D<sup>a</sup>. IRENE.

Ay! no señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no señor... V. ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

D. DIEGO.

Señora doña Irene, hágame V. el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que V. sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entretanto no me apure V. el sufrimiento, por amor de Dios.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Diga V. lo que le dé la gana.

D. DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar y á...

D<sup>a</sup>. IRENE.

No señor, ya no lloro.  
(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

D. DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco

mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

D.<sup>a</sup> IRENE.

Pero ¿no conoce V., señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

D. DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

D.<sup>a</sup> IRENE.

¿Que ha de saber V., señor, ni que traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento... que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe V. el genio que tiene su tia... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor deslíz.

D. DIEGO.

Aquí no se trata de ningun deslíz, señora doña Irene: se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de V. es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que todas las tías, y las parientas, y las madres, y V., y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; V. ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Váya, ¿para qué es causarnos? Lea V. ese papel, y verá si tengo razon.

(Saca el papel de don Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.)

D.<sup>a</sup> IRENE.

¡Yo he de volverme loca!... Francisquita!... ¡Virgen santa!... Rita! Francisca!

D. DIEGO.

Pero ¿á qué es llamarlas?

D.<sup>a</sup> IRENE.

Si señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es V.

D. DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

## ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

RITA.

Señora!

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¿Me llamaba V.?

D.<sup>a</sup> IRENE.

Si, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Que amores tienes, niña? ¿A quien has dado palabra de matrimonio? ¿Que enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes.... ¿Quien ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

(Presentando el papel abierto á doña Francisca.)

RITA. aparte á doña Francisca.

Su letra es.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¡Que maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple V. su palabra?

D. DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la

D.<sup>a</sup> IRENE.

He de matarla.

## ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

D. CARLOS.

Eso no... (Sale don Carlos del cuarto precipitadamente: coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hácia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

Cárlos!

D. CARLOS, acercándose á don Diego.

Disimule V. mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

D.<sup>a</sup> IRENE.

¿Qué es lo que me sucede, Dios mio?... ¿Quien es V.?... ¿Que acciones son estas?... ¡Que escándalo!

D. DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de V. está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... Abraza á tu muger.

(Don Carlos va adonde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan á los pies de don Diego.)

D.<sup>a</sup> IRENE.

¿Con que su sobrino de V.?

D. DIEGO.

Si señora, mi sobrino; que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¿Con que V. nos perdona y nos hace felices?

culpa... Venga V. aquí... (Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.) No hay que temer... Y V., señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme V. ese papel... (Quitándole el papel de las manos á doña Irene.) Paquita, ya se acuerda V. de las tres palmadas de esta noche.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

D. DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (Lee.) «Bien mio: si no consigo hablar con V., haré lo posible para que llegue á sus manos esta carta. Apenas me separé de V., encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé como no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fue preciso obedecerle. Yo me llamo don Cárlos, no don Félix.... Don Diego es mi tio. Viva V. dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo — Cárlos de Urbina.»

D.<sup>a</sup> IRENE.

¿Con que hay eso?

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¡Triste de mí!

D.<sup>a</sup> IRENE.

¿Con que es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.)

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

Madre!... Perdon.

D.<sup>a</sup> IRENE.

No señor, que la he de matar.

D. DIEGO.

¿Que locura es esta?

D. DIEGO.

¡Sí, prendas de mi alma... Sí.  
(*Los hace levantar con espresiones de ternura.*)

D.<sup>a</sup> IRENE.

¿Y es posible que V. se determine á hacer un sacrificio...

D. DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... Carlos!... Paquita! ¡Que dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. CARLOS, besándole las manos.

Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á V. en tanta pérdida...

D.<sup>a</sup> IRENE.

¡Con que el bueno de don Carlos! Vaya que...

D. DIEGO.

Él y su hija de V. estaban locos de amor, mientras V. y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

D.<sup>a</sup> IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y

que por muchos años se gocen.... Venga V. acá, señor, venga V., que quiero abrazarle.... (*Abrázanse don Carlos y doña Irene: doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. Vaya! Buena eleccion has tenido... Ciertamente es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

¡Sí, dígaselo V., que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¿Pero ves que alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

D. DIEGO.

Paquita hermosa, (*Abraza á doña Francisca.*) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Carlos.*) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CARLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

## La Escuela de los maridos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO